

SALVADOR MADARIAGA: *Portrait de l'Europe*.—Collection Liberté de l'Esprit. Calmann-Levy, éditeurs. Paris, 1952.

«Para que Europa esté unida políticamente, no es útil ni deseable que los franceses dejen de ser franceses o los alemanes dejen de ser alemanes. Es necesario y basta que todas las naciones europeas sepan que lo que les une es más fuerte que lo que les separa.» La preocupación de la unidad política de Europa preside toda la obra de Madariaga; y es en este *Portrait de l'Europe* donde adquiere su máximo relieve. A pesar del título, Madariaga no hace alusión en su libro más que a la Europa occidental; aunque anota la existencia de una corriente de atracción e imitación por parte de Europa oriental hacia Occidente, e inversamente, supone a Europa occidental influida por un respeto y temor hacia Oriente. El asunto se presta al tópico. Llevado por la necesidad de escoger entre todos los hechos y símbolos que forman el acervo europeo, Madariaga erige en definidores de lo que sea Europa algunos que no pasan de ser meras proyecciones de la esencia de ella. Por ello podríamos decir del libro de Madariaga que se mueve en la frontera de lo arbitrario y aun de lo caprichoso. Abusa al exponer sus teorías de imágenes excesivamente literarias. Describe el carácter de los diversos pueblos que integran Europa y sigue, al hacerlo, la trayectoria ya iniciada por Wundt. Las cuatro partes de su exposición llevan por subtítulos: Espíritu europeo, Olimpo europeo, Tensiones europeas y Resonancias europeas. Se inaugura la primera parte con una definición de Europa en dos palabras: inteligencia y voluntad. Queda patente, sin embargo, la dificultad de de-

finir al europeo, y hay un intento de hallar un concepto exacto en el alma de los pueblos. Para Madariaga, el individuo es ataque; la sociedad, reflexión, y la democracia liberal, equilibrio. El imperialismo es fruto de un afán individual de aventura, al cual el Estado europeo no sólo es ajeno, sino incluso, en ocasiones, hostil. En Europa el arte es un juego entre la inteligencia y la voluntad, explicándose de esta manera sus características esenciales. Sin embargo, esta afirmación la hace Madariaga de una manera superficial, sin añadir nada que oriente al lector sobre su sentido y alcance. Su juicio sobre cada una de las Bellas Artes es el siguiente: La Arquitectura posee formas tan variadas, que resulta imposible reducirlas a una ley general. La Escultura destaca por su sentido humano y por su simplicidad. El retrato es la expresión más acabada de la pintura europea. Pudiera añadirse que esta íntima relación entre el objeto del hacer artístico y su autor —el hombre—, aun en la más inmediata de la proporción, es quizás lo que hace de la cultura europea la cultura por antonomasia (tomando cultura en sentido literal de hacer de la circunstancia labor de hombre). Sin embargo, según Madariaga, es en el terreno musical donde Europa puede sentirse más orgullosa. «La música es el arte del tiempo.» Aquí de nuevo Madariaga afirma sin perseguir hasta las últimas conclusiones su afirmación.

Así como los griegos creaban sus dioses de las fuerzas de la Naturaleza y de las manifestaciones del destino que ellos no po-

dían domar ni apaciguar, nosotros los europeos concebimos nuestros dioses «dándoles rasgos humanos y savia humana a las tensiones de nuestras almas complejas». Considera Madariaga, en la segunda parte, personajes centrales de este su Olimpo europeo a Hamlet, Don Quijote, Fausto y Don Juan, por lo inmortal que encierra su cualidad de prototipos. Subraya el hecho de que, de estos cuatro personajes, dos sean españoles, mientras que no ha surgido ninguno de Italia y Francia, madres, sin embargo, de la civilización europea. Claro es que Italia nos ha legado sus prototipos en lienzos y en mármoles; y Francia, maestra de la forma, ha creado el ambiente, la escena en que se mueven unos y otros.

Establece un doble paralelismo Hamlet-Don Quijote, Fausto-Don Juan. Encuentra, sin embargo, una gran diferencia entre Don Quijote y Hamlet. Don Quijote busca la sociedad para encuadrar en ella su libertad. A Hamlet le pesa la sociedad y pretende liberarse de ella. Hamlet quiere encontrar con el pensamiento el misterio de su inacción. En esta diferencia se basa Madariaga para conceptuar a ambos como dos tipos sociales. Hamlet y Don Quijote son así los símbolos del problema europeo, esto es, del equilibrio entre el hombre individual y el hombre social.

Trascendentaliza, tal vez, demasiado a Fausto y a Don Juan. Son para Madariaga dos personajes verticales donde las tensiones principales se manifiestan en el dominio de los valores absolutos (Dios, vida, muerte...). En ambos la tradición es base fundamental de sus historias. Don Juan es el sexo sin inteligencia, y Fausto la inteligencia sin sexo. Para Madariaga, Don Juan es, a través de Europa, como un soplo de anarquía que barre los bien cuidados jardines de la Iglesia y el Palacio. «Una evasión por la imaginación europea del estrecho dominio de tantas leyes.» Y le atribuye también la encarnación del espíritu de descubrimiento y conquista que ha permitido a Europa crear América e introducir su cultura en los cinco mares. Trata de definir a Don Juan como el ser más absolutamente libre.

Fausto, personaje menos directo, es para Madariaga el espíritu de busca, que intenta colmar el vacío de sus pensamientos por la acción. El encarna el racionalismo elevado, esa creencia en la luz interior que desde la época de Sócrates conduce a Europa

al desenbrimiento de los planetas y de los continentes interiores del hombre.

Su último juicio sobre Fausto es para considerarle como la encarnación de las reglas y principios que rigen la vida colectiva.

En cuanto a la variedad europea, Madariaga ha tenido que recurrir a un método de exposición original. Para analizarla en toda su extensión, comienza considerando a las naciones europeas por parejas para mejor explicar sus tensiones. Mencionaremos las más importantes.

*Francia-España:* «Francia es miedo.» Para Madariaga el espíritu francés es femenino, radicando esta femineidad en la forma. Es imigualable la medida del francés puesta tan al manifiesto en su lenguaje. El español le reprocha su excesiva atención hacia la cotidianidad de la vida. Se paga Madariaga, con una gran condescendencia, de conocer a España. El espíritu español es viril, procediendo esta virilidad de su arranque espontáneo. «L'Espagne faillit.» Hace alusión varias veces a la deficiencia del espíritu colectivo del español. En cuanto a su vida, la considera discontinua y esporádica, insociable y poco capaz de comprender la forma. De aquí la admiración que siente España hacia la perfección de la forma francesa. Sin embargo, subraya el hecho de que muchos de los artistas franceses han buscado su inspiración en España.

*Italia-España:* Italia ha sido para España la maestra del arte. España ha sido para Italia una fuente de armas y de autoridad imperial. «El italiano es un extravertido.» «El español es un introvertido.» Para el español, el italiano se presenta siempre como un ser que divierte. Considera desastroso para el prestigio de Italia en España el hecho de que sea el italiano el lenguaje de la ópera.

*Francia-Alemania:* La tensión entre Francia y Alemania es la más constante del Continente, es el perfil esencial al paisaje psicológico de Europa. La división del Imperio de Carlomagno marca el principio de un duelo sin fin. Son dos pueblos completamente distintos. Quizás, según Madariaga, la distancia provenga de algo que es esencial a cada pueblo y a cuya definición llegamos instintivamente. El alma del alemán es en cierto modo indefinida, es un alma que «coule», un alma río; mientras que, cuando pensamos en Francia, la concebimos como algo inacabado, encerrado en su pro-

pia formación. Francia está, mientras que Alemania deviene; de ahí que Alemania espere siempre algo que justifique su puesta en marcha. Si Alemania y Francia son, como Europa entera, consecuencia de un complejo de seguridad nacido al fin de las guerras de Religión, el concepto que de seguridad tengan el alemán y el francés difiere. Para Francia, seguridad es el grito del corazón sedentario. En esta seguridad prevé el francés el triunfo de la razón sobre las fuerzas salvajes de la naturaleza destinadas a la guerra. Mientras que el alemán reduce la seguridad a un dique que obstruye su salida hacia un futuro todavía inexplorado. Esto explica perfectamente el carácter de ambos pueblos.

**Alemania-Rusia:** Para Madariaga existe un cierto parecido entre las relaciones germano-rusas y las franco-alemanas. Rusia es a Alemania lo que Alemania es a Francia.

**Alemania-Inglaterra:** Para decir «Y have dropped my glove», el alemán dice «Mein Handschuch ist hinunterge fallen». El contraste entre estas dos frases simboliza, según Madariaga, en gran parte, la tensión germano-inglesa. El alemán es como una esponja mojada, y el inglés como una esponja seca. Es decir: en sustancia, el inglés es seco. El alemán no es una materia homogénea, pero sí colmada por su permanencia en el agua.

El alemán es sentimental. Considera como dato primordial el carácter indefinible del alma alemana.

Se puede decir que esta falta de forma del alma alemana fué la causa de su tendencia a la filosofía. Los contrastes entre estas dos naciones se explican por su aptitud acerca de la acción. El inglés va a la acción intuitivamente. El alemán, que también es un maestro para el manejo de las cosas, fracasa singularmente con las personas. Una de las razones que justifican la tensión anglo-germana es que Inglaterra ha logrado crear un Imperio, y Alemania no. Es por esto por lo que el alemán no cesa de estudiar al inglés, esperando descubrir el secreto de su éxito imperial. Hay, sin embargo, algo común entre el alemán y el inglés: esa tenacidad que se manifiesta en su perseverancia en el trabajo y su valor en la guerra.

La segunda Guerra Mundial ha embrollado esta tensión, ya de por sí complicada, añadiendo un nuevo elemento del lado inglés: el miedo de Alemania. Europa mue-

re a consecuencia de esta tensión trágica, ya que Alemania es el corazón de Europa. «Si Alemania cae... Europa cae.»

**Francia-Inglaterra:** Son estas dos naciones, para Madariaga, las más unidas y las más separadas de Europa. Esto explica que, partiendo de una cierta discordancia, se produzca una armonía. Esa discordancia proviene del empirismo incurable del inglés y del no menos incurable racionalismo del francés. Junto a estas razones de antagonismo, existen otras para la proximidad. El inglés, que es incapaz, o al menos se siente incapaz, de refinamiento, ve en Francia una maestra del placer, mientras el francés sobreestima el espíritu deportivo del británico. Señala Madariaga la importancia del movimiento deportivo en Francia y su posible efecto en las relaciones franco-británicas.

**Inglaterra-España:** La tensión anglo-española es sutil y compleja. Está compuesta de dos elementos antagónicos. El primero, natural y positivo, engendra una atracción entre ambas naciones; el segundo, histórico y negativo, engendra una repulsión mutua. Los criterios del español son estético-personales, y los del inglés, ético-sociales. El español admira la disciplina que el inglés se impone. Al comienzo de sus historias, reinaba entre ellas la más absoluta armonía. Surge Cristóbal Colón, y todo se desploma. Inglaterra, desde entonces, empieza a considerar la actitud de España como una actitud antagónica. El corazón de este sentimiento anti-español es la City, donde con mayor intensidad repercutía la lucha de los intereses comerciales opuestos.

La simple existencia de España es para Inglaterra un reproche tácito, ya que, a partir de la época de Isabel I, Inglaterra desempeña en la historia de España un papel de pirata y de agresor.

España e Inglaterra se hallan en idéntica situación respecto a Europa, las dos están a la espera del destino de ésta, mientras que su pasado imperial las separa de ella. De ahí que, tanto España como Inglaterra, conforman desde el exterior su destino.

Termina el autor las tensiones europeas con el estudio de las existentes entre Inglaterra-Italia y Alemania-España.

La tensión anglo-italiana es una tensión de amor correspondido. El diálogo se establece entre las naciones que se consideran una a otra como complementarias.

La relación hispano-alemana debe su existencia, según Madariaga, a las anteriores. España se fija en Alemania como consecuencia de su aislamiento del resto de las naciones, que en la época en que España obraba sobre Europa eran ya consideradas como completas.

Empieza Madariaga la cuarta parte, Resonancias europeas, haciendo un estudio sobre los irlandeses. Llevado por su fácil ingenio, Madariaga encuentra semejanzas entre irlandeses y españoles, sin justificación étnica o histórica. El hecho de la común catolicidad no basta para la afirmación de esta semejanza.

Continúa hablando de los suizos. Influye notablemente sobre el carácter de los suizos su paisaje. De aquí proviene su elevación y la profundidad de sus raíces religiosas, «que la hacen capaz de mantener su independencia dentro del corazón de esta Europa, de la cual ella no es más que una célula y una fiel imagen».

Junto a las tensiones, que son como el reflejo deformado de las imágenes que forman el tapiz de Europa, hay dos anchas venas por donde fluye su savia. El Rhin y el Danubio llevan a los dos mares que la limitan el profundo recuerdo de las ciudades que en ellos se asoman como tributo espontáneo a su belleza. Cuando Madariaga habla del Rhin, aun en lo arbitrario de su descripción, hallamos ecos y voces, ecos y ecos que se van perdiendo hasta ser anulados por la voz fría del mar donde Europa muere. En esta cinta va atando Madariaga los distintos países, desde su último alvéolo, Suiza; transcurriendo por ese país de «en medio», que tantas veces estuvo a punto de ser y que no ha sido, desde el crimen del Tratado de Verdún hasta la frívola entrega de Talleyrand, y que por no ser ni Fran-

cia ni Alemania pudo ser Europa. Entre Coblenza y Maguncia se halla el Loreley, donde Heine colocó a las hadas y en cuya cúspide, adonde llega suavemente el rumor del Rhin, las banderas de los países

El Danubio, la segunda arteria de Europa, renanos rodean a la E verde de Europa.

Madariaga termina hablando de los judíos y de los gitanos. Estos dos pueblos, diferentes de todo el resto, se parecen por su función común de tejedores del oficio europeo. Sus raíces no se hundan en el espacio, pero sí en el tiempo. Expertos en mimetismos, pueden asumir la hechura y la apariencia de todas las naciones donde se instalan, pero sus propias hechuras y sus propias experiencias siguen intactas.

España y Alemania han sido en diferentes épocas la patria de los judíos, explicándose así el parecido que, según Madariaga, tienen los judíos con los alemanes y españoles. «Como los alemanes, los judíos marchan, pero no en el tiempo, como ellos, sino en el espacio. Como los españoles, los judíos son inquebrantables y profundamente arraigados, pero no en el espacio, como ellos, sino en el tiempo.» Así, en el judío se combina el movimiento continuo de Alemania con la constancia obstinada de España.

Los gitanos también son errantes, como los judíos, aunque no tienden nunca a un fin prefijado. Viven en el presente. Su única tradición es un arma de ofensiva. Madariaga hace objeto a los bohemios de una excesiva atención en una obra donde tantas cosas están dichas y tantas por decir.

El libro abre ancho campo a la imaginación; peca, como casi toda la obra de Madariaga, de apriorismo, pero se lee fácilmente, en la inteligencia de su debida dimensión de ensayo.

MARÍA LUZ CALVO SOTELO

RAYMOND DANNET y JOSEPH E. JOHNSON: *Negotiating with the Russians*. Edited by ... World Peace Foundation. Boston, 1951, 310 págs.

Nada de mayor actualidad —y universalidad— que la política soviética. A finales del pasado año se ha publicado en los Estados Unidos, por la benemérita *World Peace Foundation*, este libro sobre las negociaciones llevadas a cabo por Norteamérica con los rusos. Presta interés a tal pu-

blicación el hecho de recoger testimonios de primera mano. Su objeto es acumular los pareceres y las reflexiones de quienes han tratado directamente con los funcionarios soviéticos. Los autores —Deane, Hazard, Alderman, Mikesell, Blakeslee, Penrose, Ethridge, Black, Osborn, Simmons y Mo-

señal— estudian los problemas con conocimiento de causa; van dilucidando los matices de cada gestión; han intervenido en arduos y delicados asuntos. Ahora exponen el fruto de sus experiencias de los años 1942 a 1947.

Tal vez, en el presente, muchas de las páginas de esta obra no innoven nada, no traigan ya nada nuevo al conocimiento de la conducta exterior bolchevique en los últimos tiempos. No vale este libro tan sólo como una exposición de los problemas internacionales de un determinado período histórico, sino que sirve de introducción al esclarecimiento de algunos hechos contemporáneos; sucesos de verdadera trascendencia, pues a su calor se gestó la tragedia de muchos pueblos y porque experiencias pasadas, pero bien inmediatas, pueden inspirar, aclarando, algunas facetas del moderno convivir interestatal.

Y puesto que en una breve reseña no cabe tener la audacia de referirse con algún decoro a todos los temas tratados en este volumen, bueno será, cuando menos, intentar sacar las consecuencias que proporciona su útil lectura. Tome el lector, sencillamente, nota de los extremos abarcados bajo el título general de *Negotiating with the Russians*: Asistencia militar, Préstamo y Arriendo, Acuerdos sobre el Tribunal de Nuremberg, Refugiados, Bretton Woods, Comisión del Extremo Oriente, Balcanes, Energía atómica, Intercambio cultural, y un estudio final, de verdadero interés, debido a Philip E. Mosely, sobre algunas técnicas soviéticas de la negociación.

Walter Lippmann ha escrito: «La experiencia histórica demuestra que Rusia y los Estados Unidos, colocados en puntos opuestos del globo, siempre han sido antagónicos en su ideología política... Sin embargo, nunca ha habido entre ellos un choque que los haya convertido en enemigos.» Pero, en realidad, después de la instauración del comunismo, los Estados Unidos han tenido con Rusia contactos de diverso matiz. Recientemente han aparecido interesantes estudios sobre estos puntos. El lector con curiosidad puede consultar el artículo *Ruso-American Contacts during the Hoover Administration*, de T. Clayton Rodis, en *The South Atlantic Quarterly* del mes de abril último (páginas 235-245). El *Department of State Bulletin* ha inserto también, en sus números 673 y 674, dos trabajos de Rogers

Platt Churchill sobre las relaciones entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos en los años 1933 a 1939.

Ahora bien: para nuestro propósito nos basta hacer unas cuantas observaciones. El comercio Estados Unidos-Unión Soviética, que en el período 1921-1925 no alcanza sino unos 37 millones de dólares anuales, en los cinco años siguientes tiene un promedio de 95 millones. La *American Locomotive*, la *Ford Motor Company* y otras Sociedades yanquis aportaron su contribución al éxito de los primeros planes quinquenales; no sólo a través de sus productos, sino facilitando a la U. R. S. S. el concurso de sus técnicos, de sus científicos y de sus capacitados. El coronel Hugh L. Cooper y sus asociados fueron el instrumento para proyectar y levantar la enorme presa «Dnaprostroï». John Littlepage fué un jefe técnico del *trust* minero del oro. Ralph Budd ayudó a los ingenieros soviéticos en la reorganización de los ferrocarriles y del transporte. Otras firmas desempeñaron un importante papel en el desenvolvimiento de las industrias rusas del automóvil, del petróleo, del azúcar... y en 1932, Stalin decía: «Estamos contentos de tener científicos y técnicos americanos como maestros nuestros, y de ser sus discípulos en el campo técnico.» Y en una conversación con Eric Johnston, en 1944, el dictador rojo aseveraba que todas las empresas industriales importantes de la Unión Soviética habían sido edificadas con ayuda material norteamericana o con su asistencia técnica. Una evidencia: como señala E. J. Simmons, la experiencia de estos años mostró la viabilidad del principio de la coexistencia del sistema capitalista y del entramado comunista. Los Estados Unidos se ganaron la admiración rusa por su eficiencia y por su excelente producción industrial, según se dice. Pero antes de 1933 sólo algunos turistas consiguieron el visado para la U. R. S. S., y solamente unos pocos estudiantes marcharon al territorio bolchevique. Y, aunque se encuentran unas cuantas circunstancias favorables —traducciones por ambas partes de obras literarias, exhibición de *films* soviéticos en el espacio norteamericano, participación de la U. R. S. S. en la Exposición Internacional de Nueva York, etcétera—, en general, hasta el año 1941, las relaciones humanas no existieron. La alianza de los años bélicos proporcionó a la Unión Soviética no poca ayuda de parte de

la República norteamericana. El material suministrado bajo la fórmula del *lend-lease* sumó más de nueve billones. La U. R. S. S. recibió instalaciones industriales completas, grandes generadores eléctricos, 1.900 locomotoras, 427.000 vagones. Incluso fueron enviadas cuatro vastas y modernas refinерías de gasolina para aviación. Ante la magnitud del socorro americano, no nos extrañe que el Comisariado Soviético de Educación, en sus instrucciones del 1942, aconsejase a los profesores de Historia en la enseñanza media señalar a sus discípulos que la amistad de los pueblos de la U. R. S. S. y de los Estados Unidos estaba basada en viejas tradiciones históricas. Aunque, a pesar de gestos de tal carácter, los amplios proyectos yanquis de documentar a los ciudadanos rusos sobre la vida y la obra americanas no obtuvieron la cooperación del Soviet. Empero, merece un recuerdo la euforia del final de la guerra. En octubre de 1945, el Departamento de Estado expresó su deseo de establecer en la postguerra amplios intercambios culturales con la U. R. S. S. En noviembre del mismo año, el embajador Harriman intentó, cerca de Vichinsky, conseguir intercambio estudiantil de individuos o de grupos. El *American Council of Learned Societies* y la *Rockefeller Foundation* invitaron a distinguidos intelectuales rusos. Pero en unas pocas palabras: *no success emerged from all these various efforts.*

Mas para darse cuenta de muchas cosas es preciso no olvidar que el nuevo estado mayor de la diplomacia soviética es el resultado de la recluta llevada a cabo en las filas de las clases medias de la burocracia rusa, cuyas características más salientes son: una enseñanza basada totalmente sobre la rígida adhesión a las decisiones centralizadas del Partido y los escasos contactos con la vida fuera de la órbita bolchevique. Esto hace que el diplomático soviético se limite a ser un intérprete de preguntas y respuestas emanadas de Moscú. Tiene no poca importancia el temor a ser acusado de recepción de influencias cosmopolitas, con todas sus consecuencias. Y el representante comunista en el extranjero, en vez de aparecer como un negociador en el sentido occidental del término —canal de comunicación hacia su Gobierno—, sirve de obstáculo en la transmisión de los puntos de vista foráneos. El diplomático soviético se muestra profundamente sospechoso: intentando siempre

ejercer influencia en el exterior y evitando que las aspiraciones no soviéticas o los hechos del mundo no comunista pudiesen reflejarse, de un modo o de otro, en el interior de su país. Paliar este complejo de celos durante las negociaciones con los rusos exige afirmarse en unas cuantas actitudes, bien delimitadas: 1.ª Adoptar desde el principio una clara y sencilla postura que pueda mantenerse lógica y políticamente durante las discusiones, por mucho que se dilaten. 2.ª Evitar una multiplicidad de versiones o variantes en el debate de las cuestiones, pues hacer otra cosa no sirve sino para confundir a los representantes del Kremlin, creyéndose en presencia de algún *truco* occidental. A juicio de John N. Hazard, nada más representativo que la concepción peculiar de la existencia política rusa: el factor de referencia al superior. De aquí se derivan todas las demás ramificaciones.

¿Qué se aconseja oponer a esta desintegradora filosofía del negociar internacional? Para actuar en estas circunstancias, el occidental debe tener en cuenta varios elementos muy importantes. Sin duda que el ser pamente, el tener control de los nervios, ayuda no poco en las negociaciones con los rusos. Para el citado Hazard, parece ser una triste verdad que en las controversias con funcionarios soviéticos, éstos prueban estar equipados mejor, dialécticamente, que los americanos. También se ha ponderado la conveniencia de poseer un completo conocimiento de la historia de Rusia. Y en previsión de otras contingencias, es necesario descubrir el papel del negociante bolchevique en relación con su propio Gobierno: si tiene o no instrucciones; si éstas son definitivas; o si las reuniones van encaminadas meramente a edificar una situación de propaganda. Además, no sólo hay que hacer frente a su dudoso dominio del idioma inglés, sino que a la hora de redactar documentos en lengua rusa deben tenerse presentes los especiales significados y matices aportados a ella por el comunismo. La conducta diplomática soviética ha demostrado también que los acuerdos políticos generales gozan de poco valor cuando su terminología no es definida estrictamente. La Declaración de Yalta sobre la Europa liberada es un caso típico a este respecto. En ella no se hizo esfuerzo alguno para aclarar los criterios por los cuales serian juzgadas li-

bras las elecciones y representativos los Gobiernos. También hay que saber calcular el molesto riesgo que implica una acción de este tipo. Por ejemplo, la propaganda rusa frecuentemente resultó con capacidad para hacer un buen uso, ante la opinión mundial, de la Declaración de Yalta, de acuerdo con sus propios puntos de vista. De idéntica manera, nótese la facilidad con que la U. R. S. S. evita el cumplimiento de obligaciones desagradables para su contextura política. Hemos de abhorrar palabras, y por eso nos limitaremos a citar un caso característico. El general Deane nos relata, con abundantes detalles, los fatigosos intentos americanos para concertar el empleo de bases aéreas en la provincias marítimas de Siberia. Al fin, tras dos años de labor, recibieron audiencia las peticiones norteamericanas. Pero, en resumen, ni las promesas del mismo Stalin, ni los suministros americanos, aportados en compensación, proporcionaron una satisfacción a Washington. Otra circunstancia comprobada es que en las negociaciones con la Unión Soviética nada sustituye a la influencia del poder. De este modo alecciona el discurrir de los asuntos balcánicos. Recordemos la historia del panorama en los Balcanes tras la victoria soviética. Para favorecer la expansión rusa se unieron unos cuantos factores: el agotamiento de la Europa occidental, la preocupación de los Estados Unidos por los problemas del Lejano Oriente y, particularmente, la ilusión de la opinión americana de que la devastación de Rusia le haría concentrarse en sus asuntos internos, en busca de la reconstrucción. Este desasimiento yanqui ante los acontecimientos balcánicos fué la consecuencia de haber olvidado que las gentes del Kremlin enfocaban la situación mundial de esta forma: la colaboración del tiempo de la guerra no era sino una alianza transitoria con un grupo de enemigos contra un peligro más inmediato. En realidad, esto se desprende fácilmente de la tesis oficial soviética: en principio, los Estados no comunistas son enemigos.

Las conclusiones son muy simples. Las negociaciones con la U. R. S. S. pueden conducir a un buen término cuando coinciden los fines de ambas partes. Pero si los últimos objetivos están en conflicto, nada hay más dificultoso. Este es el pensamiento director de S. Alderman. Traigamos una prueba. Los rusos, según E. F. Penrosa, desea-

ban sinceramente un organismo internacional temporal para los refugiados. No logrando sus pretensiones a la hora de redactar la constitución de la OIR, Rusia se apartó de esta Organización, presionando a la vez sobre otras naciones para que adoptasen su misma actitud.

De una vez, téngase presente que durante la alianza bélica los tratos con el Gobierno soviético fueron extremadamente difíciles. Y resulta maravilloso el optimismo que desplegaron los norteamericanos en muchos aspectos de las relaciones con el Soviet. F. Mikesell afirma: «Hasta el último minuto se esperó que la Unión Soviética se uniría a los firmantes de los *Bretton Woods Agreements*.» Y aún advierte: las negociaciones con los rusos respecto al Banco y al Fondo Monetario fueron llevadas a cabo dentro del entramado de la política general hacia la U. R. S. S. aliado de guerra, y que había sido fijada por el Presidente Roosevelt, por su Gabinete, y sostenida por una mayoría de los miembros del Congreso. (Contrista contemplar de qué modo se habían olvidado hechos de tan marcada significación como la contribución rusa al despedazamiento de Polonia, la rapaz incorporación de los Estados del Báltico y la brutal agresión al pequeño pueblo finlandés. Arribando a este punto, y siguiendo nuestra costumbre de referirnos a bibliografía sencilla, pero reciente, reclamamos la atención del lector sobre el artículo *La Guerre de Succession d'Europe*, de Raymond Lacoste, aparecido en el número de mayo de la *Revue Générale Belge*. En este escrito se juzga adecuadamente la conducta anglosajona durante la guerra ante la política de Stalin.)

\* \* \*

Empero, como señala John R. Deane, cuando dos eventos fueron más simultáneos que la cesación del *lend-lease* y el cese completo de la cooperación soviética. Y puede comprobarse, además, que, aparte del establecimiento de la Organización de las Naciones Unidas, ninguno de los acuerdos de la época de la guerra sobre el entendimiento postbélico ha encontrado aplicación. De ahí ese malestar general, tan real que ha llegado a concretarse casi en una sensación dolorosa para el género humano. En los momentos actuales la nación norteamericana ha tenido que abandonar su peculiar modo de existencia exterior. Protegidos por dos

## BIBLIOGRAFÍA.

ocórnos, lejos de los orígenes directos de las anteriores conflagraciones, los americanos han estado acostumbrados a creer en la dicotomía entre la guerra y la paz. Su intervención en las contiendas mundiales estaba basada en el *win the war*, para desarmar a continuación y vivir la paz. Mas en nuestros días Norteamérica se ha visto obligada a ver con claridad que el panorama presente no permite tal espíritu. Es notorio que los pensamientos de Lenin y de Stalin han absorbido las máximas de Clausewitz. Y uno de los dogmas comunistas afirma ciegamente que el conflicto es inherente al desenvolvimiento de la sociedad capitalista. Por ello es preciso, en efecto, marchar lentamente al caminar por la escena interestatal. Tan arduo existir exige un tacto exquisito. No se trata ya de posiciones asépticas, de conductas rectilíneas. Hay que razonar con fineza, a través de líneas sinuosas, ondulantes. En esta trayectoria, Philip E. Mosely hace esta afirmación: la táctica exterior soviética y sus técnicas no son inflexibles, como lo acredita la misma política internacional del Kremlin. Partiendo de esto, este escritor norteamericano desenvuelve su argumentación sentando la necesidad para la política occidental de hermanar la forja de una fuerte estructura y el uso de la negociación. Evitando tratar sin una adecuada fortaleza: la experiencia prueba que resulta infructuoso, peligroso y puede ser suicida. De otro lado, cuando existe la potencia y se rehusan los tratos, ello es susceptible de precipitar a la Humanidad en una colosal lucha, acompañada de guerras civiles en varias partes del globo. Naturalmente, el linaje humano

no debe esperar una amplia relajación de las ambiciones soviéticas. Pero actuar del modo indicado y a través de esos medios ha de servir de alivio en ciertas fuentes de tensión, llevando así vigor al mundo libre. Empero, ante estos consejos, ¿no puede temerse que los norteamericanos, mal preparados para un esfuerzo de este tipo, acudan a soluciones irremediables? Aron y Henri Pierre se han hecho esta pregunta. Mas, fuera lo que fuese, evitaremos dilatar más estas líneas. Hay unas cuantas cosas evidentes. Sobre una de las modernas superpotencias, Rusia, resulta fácil concebir la meta de su mentalidad. Respecto a la otra, los Estados Unidos, se han vertido ya opiniones por doquier. No aludimos, claro está, a los juicios de Tocqueville, ampliamente recordados. Empero, advertimos el predicamento que disfruta la creencia de los que asimilan a ambas sociedades, a la estadounidense y a la rusa, atendiendo a su estructura social y al pensamiento colectivo. François Mauriac y A. Siegfried aluden claramente a estas circunstancias.

Confiemos en que los Estados Unidos hayan aprendido definitivamente las lecciones brindadas por los tratos con los rusos. Y esperemos también que, con la ayuda de la Providencia, el mundo acierte a superar la actual crisis, encaminándose hacia formas de convivencia interestatal más perfectas, en las cuales las pequeñas y las medianas naciones no vivan con el temor permanente de venir convertidas, material y moralmente, de una forma o de otra, en meros apéndices en la estrategia de los colosos.

LEANDRO RUBIO GARCIA

BROOKINGS INSTITUTION.—*Major problems of United States Foreign Policy. 1951-1952.*—Brookings Institution, Washington, 1951.

Siguiendo la serie de volúmenes publicados por la Brookings Institution, aparecidos sucesivamente en nuestros Cuadernos, nos toca ahora reseñar el número quinto, correspondiente al período 1951-52, en el que, al igual que en los anteriores, se hace un resumen de los acontecimientos de política internacional más interesantes del mismo, con especial mención a la política exterior de los Estados Unidos. Los manuales publicados por la Brookings Institution constitu-

yen un documentado estudio de los problemas internacionales del momento y son el producto de una serie de conferencias y seminarios celebrados en combinación con diversas Universidades norteamericanas. El volumen que comentamos se inicia, en su parte primera, con un sucinto examen de los hechos más interesantes de la política exterior norteamericana desde julio de 1950 a junio de 1951; un breve estudio de las relaciones internacionales desde el final de la segunda

guerra mundial; un análisis de los factores que condicionan la acción norteamericana en política internacional, y una exposición de las tareas a realizar. La segunda parte está dedicada al estudio de los problemas internacionales con que los Estados Unidos se enfrentan en el verano de 1951. La naturaleza de dichos problemas, forma de selección de los mismos y modo de hacerle frente, aparecen esbozados en la nota introductora a dicha segunda parte.

Si bien el volumen que comentamos trata principalmente de la política exterior norteamericana y de los acontecimientos que puedan afectarla, la obra constituye un verdadero tratado de política internacional. Para mejor facilidad de manejo, los temas en ella tratados han sido agrupados en tres campos primordiales, a saber: el político, el económico y el militar. En el aspecto político, la política norteamericana se enfrentó con tres problemas principales: las relaciones con la Unión Soviética, los esfuerzos realizados para aglutinar a las naciones libres en su defensa colectiva, y la controversia interior en torno al interés o no conveniencia de los dos anteriores. Estos tres problemas van intimamente vinculados entre sí, y forzosa-mente han de repercutir en el rumbo de la política internacional de los Estados Unidos.

Al terminar la última contienda, llega a su fin la pasajera unión de los occidentales con Rusia y ésta deja claramente ver sus intenciones. Los Estados Unidos se convierten, casi de modo automático, en la única fuerza capaz de hacer frente a los ataques comunistas, y esto les obliga a una nueva formulación de su política exterior, rompiendo con antiguos moldes y erigiéndose en defensores del sistema de seguridad colectiva. Consecuencia lógica de todo ello ha sido la actividad desplegada por los norteamericanos para vencer la resistencia de ciertas naciones occidentales, atrayéndolas a su órbita e incluyéndolas en el sistema de seguridad por ellos ideado. El debate en torno a la dirección seguida por la política exterior estadounidense ha sido profundamente afectado por factores de orden internacional, tales como los reveses sufridos por las fuerzas de las Naciones Unidas en Corea; el empeoramiento de las relaciones anglo-norteamericanas con las naciones occidentales, consecuencia de los fracasos en Corea; la presión ejercida por un sector de la opinión pública en pro de un más rápido rearme;

la polémica iniciada en el seno de la Asamblea General de las Naciones Unidas sobre la acción colectiva con respecto a la intervención china en Corea, etc.

Tema del mismo ha sido la posición de los Estados Unidos en la hora actual. Para unos, debe volverse al aislacionismo, reforzando el hemisferio occidental hasta hacerlo poco menos que inexpugnable; para otros, es necesario ayudar a Europa, buscar nuevos aliados y estimular el rearme de los mismos. En realidad, las principales cuestiones planteadas son las siguientes: 1. ¿La acción de los Estados Unidos ha de ejercerse mediante sus fuerzas armadas de mar y aire, o, por el contrario, han de ir combinadas con las fuerzas terrestres? 2. ¿Constituye la Organización de las Naciones Unidas una ayuda o un obstáculo para los Estados Unidos? 3. ¿Pueden los Estados Unidos contar con sus aliados? 4. ¿Pueden los norteamericanos enviar tropas para la defensa de Europa? 5. ¿Cómo habría de realizarse la ayuda en caso de conflicto armado, dando prioridad a Extremo Oriente o a Europa? En caso tan decisivo, ¿correspondería la prerrogativa de decidirlo al Presidente o al Congreso? Estos son, entre otros, los problemas más fundamentales del momento político estadounidense.

En el aspecto económico, la cuestión más acuciante para los Estados Unidos durante el periodo 1951-52 ha sido la motivada por el rearme. Los estudios preliminares y planes del mismo se vieron acompañados de un alza general de precios, especialmente por lo que se refiere a materias primas, debido principalmente a las compras masivas realizadas por los Gobiernos respectivos de productos susceptibles de escasez en un momento dado. A consecuencia de los últimos acontecimientos, el problema del rearme ha adquirido prioridad sobre todas las demás cosas, y ello ha forzado a los Estados a una ayuda más intensa a los países europeos, al objeto de que, en el plazo más breve posible, se encuentren en condiciones de hacer frente a cualquier agresión armada. En el capítulo dedicado a tratar el tema económico se abordan problemas de indudable interés, tales como los relativos a la reconstrucción y rearme de la Europa occidental; materias primas, problema de enorme trascendencia por sus posibles repercusiones. En el primer semestre de 1950, los suministros de cobre, cinc, estaño, caucho natu-

ral y algodón eran suficientes para atender al consumo mundial, mas a raíz de la crisis de Corea, el equilibrio conseguido entre la oferta y la demanda se modifica radicalmente. Resultado de ello fué la elevación del precio del algodón en un 30 por 100, de la lana en un 17 por 100, del caucho natural en un 150 por 100 y del estaño en un 100 por 100, en los seis meses siguientes a junio de 1950.

No solamente se elevó considerablemente el precio de las principales materias primas, sino que los esfuerzos realizados por los países europeos para conseguir un ritmo más acelerado en el rearme se vieron seriamente amenazados por la falta de carbón, coque, chatarra y otros productos de procedencia americana. Otro tema económico de singular interés es el concerniente a la ayuda a países económicamente atrasados, para lo cual, tanto las Naciones Unidas como los Estados Unidos han establecido Comisiones especiales encargadas de estudiar y llevar a la práctica la fijación de la ayuda en cada caso concreto, el envío de personal especializado y de material, la formación profesional de los nativos y todas las cuestiones relacionadas con el problema de la asistencia técnica. Por último, se aborda en este capítulo la cuestión del comercio entre la Europa oriental y occidental, tema que preocupa hondamente a los políticos norteamericanos.

En el aspecto militar, la obra dedica un capítulo a estudiar el tema de la seguridad colectiva, creada ante las crecientes amenazas de la Unión Soviética. El norteamericano que contempla el panorama mundial de nuestros días se siente un poco sobrecogido ante el poderío y la posición privilegiada alcanzada por la Unión Soviética, poderío que no ha cesado de aumentar. Por un lado, en Europa, ha logrado establecer regímenes comunistas ciegamente adictos a Moscú, que constituyen un bloque sólido y una línea de protección para los propios rusos; en China cuenta con un aliado: Mao Tse Tung, quien, caso de inclinarse en su favor de modo decidido, será un factor de extraordinaria importancia. En Alemania ha conseguido la división del país y puede decirse que el sector oriental está completamente soviético; la Unión Soviética ha forzado a Francia y a la Gran Bretaña, si bien de modo indirecto, a costosas operaciones en el Sudeste asiático, obligando a los Estados Uni-

dos a iniciar un gigantesco programa de ayuda económica a Europa occidental, Japón, China nacionalista, Sudeste asiático y países económicamente atrasados. Por último, la habilidad rusa ha servido para complicar a las fuerzas de las Naciones Unidas, y de modo particular las norteamericanas, en la guerra de Corea, habiendo llegado a un punto muerto en el que parece poco menos que imposible hallar una solución satisfactoria.

El problema, pues, está planteado en unos términos tales, que, dada la posición rectora de los Estados Unidos y como protectores de los países libres, posición ganada por la Unión Soviética es posición perdida por los Estados Unidos; de ahí la lucha por atraerse nuevos aliados que engrasen el número de enemigos de Rusia. El cinturón estratégico ideado por los Estados Unidos es sumamente amplio: Europa occidental, especialmente Alemania y Austria; el Mediterráneo, particularmente Yugoslavia, Grecia y Turquía; Oriente Medio, Pakistán y la India; Sudeste asiático y litoral de la China. La sola enumeración bastará para darse idea de la magnitud del problema. Ahora bien, surge en seguida la pregunta: ¿Europa o Asia, Oriente Medio? ¿Cuál ha de ser considerado como escenario preferido?

En sucesivos capítulos se tratan temas de interés capital, tales como el relativo a la Organización de las Naciones Unidas; la Unión Soviética y Estados satélites; la Gran Bretaña y la Commonwealth; el problema de las relaciones anglo-norteamericanas en el Extremo Oriente, etc. El área europea aparece meticulosamente estudiada a través de los esfuerzos por conseguir una integración de la economía europea, considerando el Plan Schuman como el primer paso en este sentido. Ha pasado ya la época de los nacionalismos. Si Europa quiere sobrevivir, ha de constituir una unidad armónica, en sus diferentes aspectos, aunando sus esfuerzos y juntando sus recursos en pro de la paz y de la civilización. Particular atención merecen los capítulos dedicados a estudiar los temas alemán y yugoslavo y su papel en la defensa de Europa.

En este aspecto la política americana con respecto a Alemania ha sufrido una radical transformación, y en la actualidad son los Estados Unidos los más fervientes partidarios de una Alemania fuerte integrada en la Europa occidental, sin cuya ayuda la de-

fen-a del continente sería completamente nula. A consecuencia de la tirantez existente entre los dos bloques oriental y occidental, el país alemán se ha convertido en la pieza indispensable en toda futura ordenación europea. El problema alemán apasiona a todos por igual, y, en tanto no se resuelva, los planes para la reconstrucción y rearme de Europa no tendrán valor alguno.

En cuanto a la postura de Yugoslavia y su aportación a la defensa de Europa, es cuestión que no está del todo decidida. Indudablemente, la defección yugoslava significa una considerable ayuda para los occidentales, puesto que obliga a los comunistas rusos a distraer fuerzas que de otro modo habrían podido emplearse en otros sectores, teniendo fácil acceso al Mediterráneo. Mas parece que Tito no se siente muy vinculado

a las potencias occidentales —no se olvide que sigue siendo tan comunista como antes— y procura aprovecharse de la ayuda aliada para sus fines propios. En suma, Yugoslavia continúa siendo un enigma para los occidentales.

En los últimos capítulos se examinan los problemas principales del Mediterráneo y Oriente Medio: nacionalismo, desorganización económica, recursos petrolíferos, cuestiones de Grecia y Turquía, el Irán y la Gran Bretaña, Africa, Extremo Oriente y hemisferio occidental, son igualmente analizados con sumo detalle. La parte tercera y última está dedicada a estudiar el tema de la seguridad colectiva bajo la égida de la Organización de las Naciones Unidas.

JULIO MEDIAVILLA Y LÓPEZ

LOUIS R. FRANCK: *Histoire économique et sociale des Etats-Unis de 1919 à 1949*.—Aubier, Editions Montaigne, Paris, 1950, 304 págs., 1 mapa.

Centrando su preocupación en el transcurso de los últimos treinta años, en que se ha asistido al prodigioso desarrollo económico y social de los Estados Unidos, Louis R. Franck, profesor del Instituto de Estudios Políticos de París, ha estudiado en su obra «este desarrollo en su perspectiva histórica». El punto de partida es el final de la primera Guerra Mundial, cuando Estados Unidos se convierten en acreedores de los Continentes; el término —rebasada la etapa de la victoria sobre Alemania y Japón y la reconversión de 1945-46— es la época correspondiente a la removilización iniciada en razón del incierto porvenir.

El camino recorrido, breve en cuanto al tiempo, ha sido prodigioso en cuanto a amplitud. Las múltiples cifras comparativas de los años 1919 y 1949, citadas por Louis R. Franck, nos lo muestran y facilitan la comprensión del minucioso análisis que hace de las influencias esenciales que han favorecido y en gran parte determinado una evolución que, en último caso, plantea un formidable problema de adaptación a los Estados Unidos. En efecto, se trata de adaptar una civilización democrática peculiar, cuyas influencias religiosas y filosóficas señala con tanto acierto como claridad (protestantismo, catolicismo, evolucionismo, pragmatismo), con la estructura económica y social impues-

ta por la concentración capitalista, industrial y bancaria.

Diseñado el «cuadro psicológico y espiritual de la civilización económica de los Estados Unidos», con un orden expositivo rigurosamente ceñido al desarrollo de los hechos, Franck inicia su estudio por el examen de la primera etapa de la postguerra correspondiente a la primera Guerra Mundial, o sea el final de la era wilsoniana y la entrada en escena del partido republicano, en que los acontecimientos sobresalientes son el boom del año 1919 (Europa sigue siendo un amplio mercado), seguido de la crisis sin gravedad de 1920-22. Capeado este amago de temporal con el proteccionismo en las relaciones internacionales, la administración republicana se entrega al mito de la prosperidad permanente, que desemboca, lógicamente, como lo muestra el autor de la obra reseñada, en la gran depresión de 1929, de la que sólo salieron Estados Unidos en 1933, con la llegada al poder de Roosevelt, cuya actuación significó una franca intervención de la política en la vida del país, hecho hasta entonces desconocido en Estados Unidos. Sin embargo, fué gracias a la energía y a los métodos nuevos del Presidente Roosevelt, cuyo *New Deal* fué una obra de tipo empírico muy característica de esos métodos, quien logró sacar al país del abismo en que

se había hundido económicamente, al mismo tiempo que daba un franco impulso a una organización sindical del mundo del trabajo, hasta tanto dominado por los conceptos de un liberalismo integral que consideraba toda legislación social como una forma abyecta de la caridad.

El año 1939 fué para Estados Unidos un momento decisivo de su historia. La postura de relativa neutralidad adoptada en un principio favoreció la economía americana con un boom prodigioso, al mismo tiempo que el país era proyectado, en razón de los acontecimientos internacionales, fuera de su aislacionismo, pero de modo tan paulatino que la máquina estatal de la movilización y la estabilización económica estaban en su punto antes del ataque de Pearl Harbour. El esfuerzo de guerra y la movilización industrial plantearon delicados problemas de planificación cuyo alcance, en último término, fué un atentado directo al principio de «la libre iniciativa», pilar del concepto americano de la democracia, en tanto que la creación del *Political Action Committee* (P. A. C.) (órgano político de la organización sindical *Committee for Industrial Organization* (C. I. O.) con vistas a las elecciones), implicó una intrusión del sindicalismo en la vida política. Por otra parte, desde 1941 a 1945, en razón de la Ley de Préstamos y Arriendos, lazos estratégicos, técnicos, económicos y financieros cada vez más estrechos ligaron Estados Unidos no sólo a sus aliados europeos, sino también a Hispanoamérica. Dos hechos, por tanto, habían de gravitar sobre los primeros intercambios de la postguerra: una acumulación de dólares en Hispanoamérica, que la ligaba a Estados Unidos en perjuicio de su comercio con Europa, y una acumulación de libras esterlinas en el Commonwealth, lo que fortaleció sus lazos con Gran Bretaña y retrasó la reanudación del comercio con Norteamérica.

A pesar de esto, al terminar la guerra, Estados Unidos han alcanzado el apogeo de su desarrollo económico interior y el vértice de su influencia internacional económica y financiera, circunstancias que provocan, en primer lugar, una nueva estructura de la producción y una nueva estructuración social, en tanto que el cese de los controles de guerra favorece la nueva concentración de las empresas, lo cual no impide que el Gobierno aún conserve medios de acción

para una intervención económica (limitación del plazo para las ventas a crédito, aumento de las reservas bancarias, etc.). Pero en 1947 la agravación de la situación internacional obligó al Gobierno a la removilización industrial y técnica, hecho que tiene un alcance que no se limita a la defensa nacional, sino que afecta lo social y lo económico, «al provocar una nueva distribución de las actividades profesionales, reforzar la concentración industrial, la potencia de la jerarquía técnica, y aumentar las cotizaciones de las materias primas esenciales, lo cual induce a los Estados Unidos a buscar nuevas fuentes de abastecimiento en ultramar y particularmente en África». Por otra parte, vigorizado el sindicalismo por la acción del Presidente Roosevelt, los sindicatos aumentan paulatinamente su acción política y de intervención en las elecciones, siendo actualmente el comunismo la gran preocupación del sindicalismo oficial, opuesto, no obstante, a la constitución de un partido obrero o socialista.

El desarrollo de las relaciones internacionales de la postguerra retiene la atención de Franck, que, naturalmente, las vincula al Plan Marshall, de cuyos antecedentes y mecanismo hace un estudio excelente por su brevedad, sencillez y claridad. No menos excelentes son, a nuestro juicio, las observaciones que hace respecto a este Plan tendente a prestar una ayuda a Europa, pero que presenta dos aspectos: el uno es la ayuda en sí, medio temporal de resolver la penuria de dólares; el otro se refiere a la proyectada integración europea, cuyos resultados, en un plazo más o menos lejano y al margen de la dialéctica marxista, juzga el autor con una ponderación y competencia que merecen ser destacadas. Aunque Louis R. Franck da por indiscutible que el Plan Marshall presenta derivaciones ventajosas (especialización del trabajo, ampliación del mercado europeo, mejora del nivel de vida de los territorios de ultramar, etc.), no deja de recordar que implica una tendencia a borrar las fronteras monetarias y facilitar la expansión del capital privado, olvidando las exigencias de independencia de los nacionalismos, los imperativos de los niveles de vida de los países democráticos y la restricción americana impuesta a la inmigración.

Esta interesante obra se completa con una serie de cuadros estadísticos, muy acertadamente colocados al final del texto, cuya uni-

dad no rompe, al mismo tiempo que permiten comprobar el fundamento de los diversos asertos y conclusiones del autor. También resulta de muy acertada inserción un cuadro cronológico relativo a la política económica y social, la política interior general y la política internacional, dispuesto a tres columnas que se confrontan, así como la publicación de diversos informes y discursos de importancia para Estados Unidos y el mundo.

Finalmente, una bibliografía no exhaustiva, sino selectiva, referente a obras y docu-

mentos de interés permanente y general, remata esta obra, que, sin engolamientos ni virtuosismos de especialista, trata de un tema actual que interesa no sólo a los economistas y sociólogos, como parece desprenderse de su título, sino a todos aquellos para quienes la acción política internacional de Estados Unidos no aparece como un hecho producido por generación espontánea, sino sumamente ligado a determinadas condiciones internas de la gran potencia atlántica.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

WILCOX, FRANCIS O., y KALIJARVI, THORSTEN, V.: *Recent American Foreign Policy; Basic Documents 1941-1951*.—Appleton-Century-Crofts, Inc., New York, 1952, 927 págs.

En 1948, el Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos encargó a su oficina permanente, en colaboración con el Departamento de Estado, reunir en un solo volumen los documentos más importantes y las declaraciones oficiales relativas a la política internacional de los Estados Unidos, a partir del momento de la entrada de esta nación en la segunda Guerra Mundial. A principios de 1950, el libro estaba terminado y fué publicado por el Departamento de Publicaciones del Gobierno, bajo el título de *A Decade of American Foreign Policy; Basic Documents 1941-1949*.

Tal obra estuvo proyectada principalmente con la idea de que sirviera de guía a los miembros del Congreso en su consideración de los problemas fundamentales relativos a la política internacional norteamericana. La amplia y cálida acogida de este libro hizo pensar a la editorial Appleton-Crofts Inc. que pudiera hacerse una edición, más reducida que aquella oficial, dedicada al público. Esta edición mantiene, pues, la distribución original que se hizo para la oficial, y a ella sólo se han añadido unos cuantos documentos relativos al año 1950 y principios de 1951.

Los autores, Francis O. Wilcox y Thorsten V. Kalijarvi, son funcionarios de la oficina permanente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, y han dedicado su obra a los senadores Tom Connally (por Texas) y al fallecido Arthur H. Vanderberg (por Michigan); ambos fueron presidentes del re-

ferido Comité y cuya relevancia política ha pesado en la política exterior norteamericana.

Junto a los textos completos de los documentos y de las declaraciones, la casa editora ha colocado breves notas que sirven para centrar exactamente en el tiempo y en el espacio el documento o declaración previamente insertado.

La distribución de la obra está hecha a base de ocho amplísimos capítulos, cada uno de los cuales va dedicado a un determinado tema relativo a los problemas políticos internacionales de los Estados Unidos, y si bien ninguno de ellos contiene ningún dato que haya sido hasta ahora desconocido, sin embargo son particularmente atractivos, pues condensan cada uno de los rumbos y directrices seguidos por los Estados Unidos en sus relaciones internacionales.

En esto consideramos el gran valor de este libro; que, sin ser un libro de polémica o comentario, de una forma totalmente objetiva, va señalando todos los pasos que han dado los Estados Unidos en su política externa. La obra no es ni más ni menos que un índice de documentos y declaraciones, ordenados por materias y cronológicamente, que para todo aquel que está interesado en las relaciones de Norteamérica con las demás naciones es de suma utilidad, pues de una forma rennida se tiene a la mano en todo momento lo que en diez años ha contado en la política internacional de esa potencia que encabeza uno de los

dos sectores antagónicos en que se encuentra actualmente dividido el mundo. Es, pues, en parte, completamente distinta esta obra a la publicada por la Brookings Institution con el título de *Major Problems of United States Foreign Policy*, que en el número 10 de estos CUADERNOS DE POLÍTICA INTERNACIONAL fué comentado.

La obra se encuentra dividida en ocho partes. Cada una de éstas son, en realidad, unos muy extensos capítulos, reuniendo cada uno de ellos los documentos relativos a un determinado tema o asunto. Las dos primeras partes están dedicadas a la documentación concerniente al tiempo de guerra y la organización de la paz. Comprenden estas partes desde la Declaración de las cuatro libertades, de 6 de enero de 1941, hasta la Sexta Reunión del Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores, de mayo-junio de 1949.

La tercera y cuarta partes corresponden a la organización de las Naciones Unidas, con todos sus organismos y agencias especializadas, indicándose la postura o posturas sostenidas por los Estados Unidos ante la O. N. U. En la quinta parte se desarrolla toda la evolución del sistema Regional Interamericano, desde la Conferencia de La Habana de 1940 hasta la de Washington de 1951.

La parte sexta, que se titula «Defeated and Occupied Areas», está subdividida a su vez en capítulos, dedicados cada uno de ellos a tratar un país de los que fueron derrotados en la segunda Guerra Mundial, así como toda la cuestión actual de Corea. Por su parte, la séptima, que está encabezada con el atractivo título de «Other Areas of special interest to the United States», comprende la política norteamericana en relación con Canadá, China, Grecia, India, Pakistán, Indonesia, Palestina, Filipinas, Turquía, Unión Soviética y España.

Por último, en la octava parte, se reúnen, bajo el epígrafe «Current international issues», una serie de cuestiones y asuntos que no tenían un encuadramiento determinado en las anteriores partes, o que, por ser un tema en el cual Estados Unidos ha sostenido una posición privativa, han preferido los autores incluirlo en esta parte, a fin de que quedara más destacada la actitud norteamericana. En ella, pues, se reúnen un grupo de problemas tales como los criminales de guerra; los antiguos mandatos japoneses; el control internacional de la ener-

gía atómica; el procedimiento de votación en el Consejo de Seguridad; la regulación y reducción de armamentos; las fuerzas armadas al servicio de las Naciones Unidas; la Declaración de los Derechos Humanos; la ayuda para la reconstrucción extranjera y la asistencia técnica para el desarrollo económico.

Como antes se indicaba, en la séptima parte se habla de España. Los documentos relativos a nuestra patria que se publican son: la carta del Presidente Roosevelt al embajador norteamericano en Madrid, de 10 de marzo de 1945. En esta carta, dirigida a Norman Armour por el jefe del Poder ejecutivo de los Estados Unidos, se especificaba y determinaba la política a seguir con España en aquel histórico año de 1945 y en la que se subrayaba que el mantenimiento de relaciones diplomáticas con España no significaba en ningún momento la aprobación de nuestro régimen. Los editores de esta obra, como antes se indicaba, se han reducido a hacer de forma objetiva una transcripción de documentos o de declaraciones, y sólo al principio de cada uno de ellos, para centrar al lector, publican unas leves notas. Estas son bien significativas; sólo por su redacción nos hacen ver cómo los Estados Unidos han ido cambiando de criterio respecto a España. ¡Cuántas impertinencias y cuántos exabruptos hemos tenido que leer y oír los españoles desde 1945 hasta hoy! Sin embargo, tenemos la inmensa satisfacción de poder decir al mundo que nosotros éramos los que teníamos la razón, los que vislumbramos con muchos años de anticipación lo que iba a ocurrir y que los demás seguían una ruta llena de inconsecuencias y de errores, de los que un día habrían de lamentarse y querer rectificar.

La que acompaña a la presente carta de Roosevelt se reduce a indicar que, dado que nuestras relaciones con España han sido objeto de considerables controversias en este país (Estados Unidos) desde que el régimen de Franco llegó al Poder en 1936. La natural antipatía de las democracias occidentales hacia los Gobiernos totalitarios colmó en la profunda sospecha y desconfianza durante la segunda Guerra Mundial, cuando Franco extendió su ayuda y aliento a nuestros enemigos del Eje.

El segundo documento publicado es la declaración conjunta de Estados Unidos, Gran

Britaña y Francia de 4 de marzo de 1946. La nota que lo acompaña dice así: «En 1945 y 1946, una presión muy fuerte se lanzó sobre el régimen de Franco por las potencias victoriosas, particularmente por el bloque soviético. En la Conferencia de San Francisco, en Potsdam y en la primera reunión de la Asamblea General en Londres, los Gobiernos participantes condenaron al régimen de Franco y declararon que España no sería admitida a las Naciones Unidas en tanto que Franco permaneciera en el Poder. La declaración de 4 de marzo de 1946, de las tres potencias, era una parte de una estudiada campaña para suscitar el establecimiento de un régimen más liberal en España por medio de una presión diplomática.

Por su parte, los terceros documentos que forman parte de lo que se denominó el «caso español», que son las resoluciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas de 9 de febrero de 1946 y de 12 de diciembre del mismo año, se encabezan con la siguiente nota: «El sentir que había en la postguerra contra Franco llega a su punto culminante en diciembre de 1946, cuando la Asamblea General aprobó una resolución, por 34 votos contra 6, recomendando que la España de Franco era excluida de las agencias especializadas de la O. N. U. También se recomendó que todos los miembros de las Naciones Unidas retirasen sus embajadores y ministros de Madrid. Aunque los Estados Unidos votaron a favor de la resolución, hubo alguna diferencia de opinión en la delegación norteamericana.»

A continuación se recoge la conocida carta del Secretario de Estado, Dean Acheson, de 18 de enero de 1950, al senador Tom Connally, la cual sirve a los autores de las

notas que acompañan los documentos para cambiar su lenguaje respecto a España, pues la que junto a esta carta se coloca dice como sigue: «Ya que la tensión entre la Unión Soviética y el Occidente aumentaba, un fuerte sentimiento de cooperación con España se desarrolló en los Estados Unidos. Muchos miembros del Congreso subrayaron la importancia estratégica de España, insistieron en que nuestro embajador debía regresar a Madrid y que la ayuda financiera se extendiera a España. En su carta de 18 de enero de 1950, el Secretario Acheson hacía hincapié en que el hecho de mantener totales relaciones diplomáticas con un Gobierno no implicaba la aprobación del régimen; por ello, nuestro Gobierno favorecía el retorno de embajadores a Madrid y no interpondría ninguna objeción política a la extensión de los créditos a España. La carta del señor Acheson ofrece un excelente examen a un problema muy difícil.»

Y, por último, el sexto documento relativo a la política norteamericana respecto a España es la resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas, adoptada el 4 de noviembre de 1950, en la que, como dice la nota que se adjunta a tal declaración, «después de cuatro años de discusión, la Asamblea General, finalmente, revocó las sanciones diplomáticas que habían sido impuestas a España en su resolución de 1946. El resultado de la votación de esta medida fué de 38 votos contra 10, con 12 abstenciones. Poco después, los Estados Unidos reanudaron completamente las relaciones diplomáticas con España con el nombramiento de Staton Griffis como embajador en Madrid».

LUIS M.<sup>a</sup> LORENTE

